



Lebbeus Woods, *Lower Manhattan*, 1999

Arquitecturas abismadas

HUGO CASTIGNANI

«Architecture is war. War is architecture».

Lebbeus WOODS

Meses antes de morir, el artista-arquitecto-futurólogo Lebbeus Woods, reputado por su trabajo conceptual acerca de los territorios catastróficos, sintetizaba sus especulaciones al respecto en la que iba a ser una de las últimas entradas de su blog. Rememorando su visita a Sarajevo en 1993, cuando acudió a la llamada de la ciudad, asediada y destruida, para explorar qué formas podría tomar su futura reconstrucción, Woods resumía su aportación en tres principios básicos: restaurar lo perdido a su condición anterior, tratando de recuperar una «normalidad» perdida; demoler lo afectado por el desastre y construir algo enteramente nuevo; y, finalmente, crear lo nuevo a partir de lo antiguo cuando este se haya dañado. De acuerdo con ello, los edificios más simbólicos y con mayor carga histórica se reconstruirían en su estado original (primer principio), al tiempo que los edificios ordinarios deberían dejar espacio a lo nuevo (segundo principio), todo ello bajo el siguiente lema: «Lo viejo y familiar debe transformarse en lo nuevo y no familiar».

La tercera norma, según la cual las huellas de la destrucción no deben borrarse completamente —esa catástrofe es ya historia indeleble de la ciudad— resulta de más complicada aplicación:

suerte de mediación entre el primer y el segundo principio, a la vez que dispositivo fundamental en la consigna de introducir un elemento extraño en lo cotidiano, presupone un delicado equilibrio que frecuentemente se rompe en favor de la mera restauración, pacata y convencional, de las fachadas. En otras ocasiones, ese tercer principio se convierte simplemente en la excusa para una arquitectura espectacular y tendente a un simbolismo superficial fácilmente digerible por los poderes establecidos, como es el caso, señalado por el propio Woods en otra entrada de su blog, de la reconstrucción del sitio que ocupaban las Torres Gemelas en Nueva York.

Puede parecer que estamos hablando de un asunto menor, más propio de la arquitectura especulativa que de la real. Al fin y al cabo, la actividad arquitectónica sería primordialmente creación más reconstrucción; tendría más que decir en Shanghái, la ciudad del futuro, que en Sarajevo. Pero incluso Shanghái tuvo que crearse sobre un espacio previamente ocupado —el viejo Pudong de las granjas, las fábricas y la basura: el peor *slum* de China— para ofrecer su actual fachada de modernidad, algunos dirán que vacía, imagen futurista y arrogante, que es tanto un símbolo de poder como el indicio de la

fragilidad de un sistema al borde del colapso. La cuestión de la ruptura del terreno por la guerra, por el desastre, por la violencia y el poder, o el problema de cómo reapoderarse de ese espacio, implican, por el contrario, explorar el corazón mismo de la arquitectura: su política.

Ese desafío, si acaso, se ha intensificado. Cuenta Lebbeus Woods que cuando llegó a Sarajevo esperaba dar soluciones para un desastre singular, pero se topó con lo que iba a ser una tendencia generalizada del mundo globalizado —la proliferación de conflictos de baja intensidad y de guerras asimétricas—, por lo que sus tres principios terminaron siendo aplicables a todo territorio afectado por este emergente tipo de catástrofes. La reconstrucción debería ser, por lo tanto, una de las preocupaciones más acuciantes de la arquitectura contemporánea. Sin embargo, rara vez es así. Análogamente, los arquitectos, como decía Woods en otro de sus artículos, no tienen en cuenta la corrupción o descomposición inevitable de los edificios que diseñan, haciendo todo lo posible por evitarla mediante una cuidadosa selección de materiales, sistemas y métodos que resistan a las fuerzas de la naturaleza, hurtando de ese modo, bajo un cascarón formal, la entropía, la tendencia a ☐

la decadencia que es inherente a todo material o sistema. Parecería que en ambos casos existe un mismo horror del arquitecto a la ruptura, a la proveniente del cuerpo social y a la que, ligada a los procesos naturales, aniquila las aspiraciones del ser humano; como si lo que pretendiera es fijar una única interpretación del sitio sobre el que edifica, una determinada relación con el paisaje que le rodea, un suelo más sólido que la misma tierra.

La fascinación romántica por las ruinas quizá nos ofrezca el vestigio de una cierta conciencia pretérita de ese problema, a la vez que nos encamine hacia su clave de resolución. Ciertamente, ese sentimiento parece ya una cosa del pasado, y en algunos momentos ha podido ser explotado ideológicamente; pero en su seno yace un tremendo potencial crítico en cuanto que, oportunamente encauzada, la aceptación en mayor o menor grado de la ruina y de su posibilidad sitúa a la arquitectura como herramienta privilegiada en la interpretación del lugar del hombre dentro de la naturaleza.

El encantamiento de la ruina pondría de manifiesto, por lo tanto, que no solo el concepto de lugar es el asunto central de esta cuestión, sino que se hace necesaria una lectura que amplíe su radio de acción y lo engarce plenamente con el territorio. Recientemente, Stuart Elden señalaba en su excelente estudio sobre el nacimiento del concepto de territorio (*The Birth of Territory*, 2013) que este «debe entenderse como una tecnología política, o mejor aún, como un cúmulo de tecnologías políticas». El territorio no es simplemente la tierra, en el sentido político-económico de los derechos de uso, apropiación y posesión vinculados a un lugar; ni es tampoco una cuestión político-estratégica concebida de un modo excesivamente concreto que nos conduciría más bien a la noción de terreno. Al contrario, prosigue Elden, el territorio «incluye las técnicas para medir la tierra y para controlar el terreno». Es esa concepción expandida del territorio la que debe servirnos como punto de partida para desarrollar una noción más rica y fecunda de sitio o lugar.

Hace un par de años se celebró el simposio *When site lost the plot*, serie de conferencias reunidas ahora en un libro cuyo propósito es pensar la idea de *site* ('lugar o sitio') en su relación con la de *plot* ('terreno, parcela', pero también 'plan, trazado, trama o argumento'); todos esos significados se exploraron durante el ciclo, y con todos ellos jugaba el título de las jornadas). Las contribuciones aportaron puntos de vista de disciplinas diversas como la cartografía, las matemáticas, el diseño, la ecología o el arte, unidos por la siguiente tesis principal: si durante un tiempo el concepto de lugar tuvo un innegable valor regenerativo en los campos de la filosofía, del arte o de la arquitectura, hoy en día parece haber sido plenamente integrado en la lógica del sistema, en tanto símbolo meramente instrumental al servicio de los intereses más convencionales. Así, por ejemplo, el discurso de los años sesenta acerca de la obra de arte insistía en las circunstancias de su creación y exposición, para así mitigar la ilusión de autonomía y evitar con ello su plena inclusión en el mercado como mercancía. Sin embargo, en un presente en el cual el lugar es altamente virtual y se constituye más en un no-espacio de las redes nomádicas y los poderes difusos que en el espacio entendido de un modo tradicional, las instituciones se han apoyado precisamente en esa idea de sitio para reclutar artistas y arquitectos a sus estrategias de consolidación de un régimen global y homogeneizante.

Ese lugar concebido falsamente como lo «real aporético» oculta un antropocentrismo que pervierte el vínculo entre lo local y lo global, entre el sitio (concreto) y el territorio (sus condiciones materiales), entre el hombre y el mundo, siempre en favor del primer elemento de esa relación. Es por ello por lo que un lugar ampliado al *plot*, al territorio narrado, sería una forma alternativa mucho más provechosa para afrontar estas cuestiones, tal como sugieren las distintas prácticas que se sitúan en ese entredós existente entre el espacio tradicional y su anulación, en la paradójica multiplicidad de espacios y no-espacios divergentes, que se superponen componiendo infinitas historias humanas, terrestres y cósmicas basadas en la información y sus relaciones de poder.

Siendo un problema principalmente filosófico, posiblemente una de las intervenciones con más peso del volumen sea la de Reza Negarestani. Este esquivo y a veces enigmático filósofo, matemático e ingeniero iraní es conocido por haber escrito *Cyclonopedia* (2008), una reinterpretación, entre el ensayo y la ficción, de Deleuze y Guattari basada en la idea de que Oriente Medio es una entidad viva. En su contribución, Negarestani se pregunta: «¿Dónde está el concepto?» al calor de esta reconsideración del lugar como espacio de lo universal, y la respuesta le lleva a plantearse si en un planeta cuya superficie ya ha sido ocupada por el hombre hasta en su más remoto rincón, la fuerza y el valor de los conceptos se ha agotado. Es una constante en la obra de Negarestani, quien, contra buena parte de la filosofía contemporánea de raíz fenomenológica que se ha dejado seducir por una noción de lugar como casa del ser, subraya la tensión entre el hombre y un territorio al que le es indiferente. La imagen de esta relación conflictiva sería la de la Tierra vacía o abismada, traducción al español del triángulo conceptual que nuestro planeta como suelo articula con las palabras inglesas *ground* ('suelo', 'fundamento') y *unground* (literalmente 'sin suelo', nosotros preferimos traducirlo como 'abismo'). Según esta lógica, toda superficie deviene nada más —y nada menos— que la actividad que se despliega sobre ella.

Tradicionalmente, el concepto filosófico de lugar ha presupuesto la naturaleza como algo ontológicamente distinto del ser humano, lo que podríamos llamar el reino de la tierra firme. Esa idea la expresó muy bien Husserl cuando dijo aquello de «la Tierra no se mueve», paradójica frase con la que expresaba que, en un primer momento, la Tierra es el suelo, el Arca originaria, el fundamento de todas las experiencias posibles. En ese sentido, Negarestani ofrece una radicalización inédita del deleuzoguattarismo, pues incluso Deleuze habría pecado de antropocentrismo al reducir la naturaleza a un conjunto de objetos, y el planeta a un conjunto de lugares, en vez de pensar el universo como una máquina material. Negarestani destruye ese paradigma antropocéntrico mediante la investigación de la poromecánica de la Tierra: el trabajo de la descomposición, la corrupción, la decadencia (*decay*), cuya cosmogénesis se despliega dentro de lo sólido, desde el

interior al exterior, a la superficie. El único heterodoxo precedente de esta concepción sería la *Naturphilosophie* de Schelling, que considera la Tierra al mismo tiempo como abismo transcendental de la naturaleza —el cual permite la actividad del pensamiento— y como tumba biológica de un ser humano sujeto a la ley natural de la decadencia. Para Schelling, esa oscuridad de la naturaleza es productiva; para Negarestani, también: «La decadencia (*decay*) construye sin creación».

El concepto de *decay* es central en el pensamiento de Negarestani, al igual que el de *holey space* (que traduciríamos por ‘espacio ahoyado’ y cuasi sagrado), noción con la que el filósofo iraní intenta escapar de la pseudodialéctica maniquea entre los espacios lisos y los espacios estriados de Deleuze. La lógica triádica del espacio ahoyado es otra de las expresiones de esa Tierra vacía que hace posible la apertura del *decay*. En la lógica de Negarestani los objetos se convierten en algo inherentemente extraño y siniestro, o en sus propios términos, devienen «la cosa sin génesis» o lo sagrado. *Cyclonopedia* puede leerse también como un relato de horror de Lovecraft, un referente intelectual fundamental, puesto que la emergencia del Exterior desde el Interior —símbolo mismo del vacío estructural del espacio, que es de hecho la posibilidad misma de la arquitectura— es una imagen con tintes terroríficos.

El horror también se expresa en el hecho de que para Negarestani uno de los paradigmas de la relación del humano con el espacio ahoyado son las nuevas formas de guerra urbana en Oriente Medio. En *Cyclonopedia* se ofrece una interpretación materialista de la ciudad como un conjunto de obstáculos y líneas de ruptura sobre los que el cuerpo puede deslizarse e interactuar en una serie de trayectorias que generan una «complicidad» con estos pliegues. La arquitectura toma así el modelo del *parkour*, que considera toda superficie como potencial suelo para el cuerpo: «De este modo, los urbanistas o milicias hostiles siempre conducen la batalla hacia el interior, hacia el campo de los obstáculos, el cañón urbano. En la guerra urbanizada todo combatiente debe pensar como un obstáculo».

Las diversas crisis ecológicas nos obligan a ver hasta qué punto todo es interdependiente; una verdad que puede provocarnos la ansiedad de pensar que el mundo, lo que nosotros considerábamos nuestro mundo, desaparece ante nuestros ojos, de comprobar que el suelo se desvanece bajo nuestros pies. Quizás esta geofilosofía de inspiración netamente deleuziana que subraya las condiciones materiales de amplio espectro del concepto de lugar —condiciones topológicas, narrativas, conspiratorias incluso— sea capaz de ofrecer una navegación más fácil entre lo local y lo global; quizás la metáfora de la Tierra vacía sea una herramienta para una nueva forma de relación arquitectónica con el medio, con sus rupturas, sus ruinas, sus traumas. En todo caso, lo que este pensador nos propone es ir más allá de las revoluciones copernicana, darwiniana o einsteiniana, hacia lo que Negarestani llama el Globo de Revolución, es decir, hacia una revolución por y de acuerdo a lo abierto. Esta revolución podría llevar la etiqueta de *turingiana*, en la medida en la que con su extensión del pensamiento a las máquinas, Turing habría reformulado en forma de ruptura la vieja pregunta kantiana acerca de lo que significa ser humano, reflejo ahora de un mundo en el que el hombre ha dejado de ocupar el lugar central: «Narciso ya no puede ver o anticipar su propia imagen en el espejo». ☒

**The most architectural thing
about this building is
the state of decay in which it is.**



VILLA SAVOYE, 1965

Architecture only survives
where it negates the form that
society expects of it.
Where it negates itself by
transgressing the limits that
history has set for it.

Ungrounded Architectures

HUGO CASTIGNANI

«Architecture is war. War is architecture».
Lebbeus WOODS

Months before dying, the artist-architect-futurist Lebbeus Woods, renowned for his conceptual work on disaster areas, synthesized his speculations regarding it in what would be one of the last entries on his blog. Reflecting on his visit to Sarajevo in 1993, when he attended the call of the city, besieged and destroyed, to explore what forms its future construction could take, Woods summarized it to three basic principles: trying to recover some semblance of the lost “normality”; demolishing what was affected by the disaster and building something that was entirely new; and, finally, creating the new from the old when it had been damaged. In accordance with that, those symbolic buildings that were the most historically important were rebuilt in their original state (first principle), while ordinary buildings had to make way for the new (second principle), all under the following motto: “The familiar old must be transformed, by conscious intention and design, into the unfamiliar new.”.

The third rule, according to which the traces of destruction shouldn't be completely rubbed out —catastrophe is now an indelible mark on the city— ends up having a more than complicated application: a sort of mediation between the first and second principle, and at the same time a fundamental device in the slogan of introducing a strange element into the everyday, it presupposes a delicate balance that is often broken in favour of a mere restoration, prudish and conventional, of the façades. On other occasions, that third principle simply turns into an excuse for a spectacular architecture which tends towards a superficial symbolism that is easily digestible by the established powers, such is the case —pointed out by Woods himself in another blog entry— of the reconstruction of the space formerly occupied by the Twin Towers in New York.

It might seem that we are discussing a minor issue, more to do with an architecture that is speculative rather than real. At the end of the day, architectonic activity should primordialially be creation more than reconstruction; it would have more to say in Shanghai, the city of the future, than in Sarajevo. But even Shanghai had to built itself on a space that had been previously used —the old Pudong of farms, factories and waste: China's worst slum— to offer up its current façade of modernity —an empty, futuristic and arrogant image, some will say— that is as much a symbol of power as it is a measure of the fragility of a system on the edge of collapse. The issue of terrain rupture because of war, disaster, violence or power, or the problem of how to re-empower yourself of that space, implies, on the contrary, an exploration into the very heart of architecture: its politics.

That challenge, if anything, has intensified. Lebbeus Woods tells us that when he got to Sarajevo he expected to be able to give solutions to a singular disaster, but he realized that it was going to be more about a generalized trend of a globalized world —the proliferation of low intensity conflicts and asymmetrical wars— and so his three principles ended up being applied to all territories affected by this emerging kind of catastrophe. The rebuilding should be, as such, one of the most pressing concerns of contemporary architecture. However, it rarely is so. Similarly, as Woods states in another of his articles, architects don't take the corruption or inevitable breakdown of the buildings they design into account, doing everything in their power to avoid it through a careful selection of materials, systems and methods that resist the forces of nature, in that way hiding entropy, the tendency towards decay inherent to all materials and systems, behind a formal shell. It would seem as though in both

cases there exists the same horror of the architect faced with rupture, stemming from the social body and that which, tied to natural processes, annihilates the human being's aspirations; as if what it intended to do was to fix one sole interpretation of the space on which to build, one determined relationship with the landscape that surrounds it, a floor more solid than the earth itself.

The romantic fascination for ruins may offer a vestige of a certain preterite consciousness of that problem, while at the same time giving us a key for its resolution. True, this feeling now might seem like a thing of the past, and at certain points it has been ideologically exploited; but at its heart lies a tremendous critical potential insofar as, adequately channelled, this acceptance to a bigger or lesser extent of the ruin and its possibility situates architecture as a privileged tool in the interpretation of man's place within nature.

The enchantment of the ruin brings to light not only that the concept of the place is the central theme of this question, but also that a new interpretation is necessary to amplify its range, linking it as well to the problem of territory. Recently, Stuart Elden pointed out in his excellent study on the genealogy of the concept of territory (*The Birth of Territory*, 2013) that it “should be understood as a political technology, or perhaps better as a bundle of political technologies”. Territory is not just simply the earth, in the political-economical sense of right to use, appropriation and possession linked to a place; nor is it a political-strategic question conceived in an overly specific way that would bring us more to a notion of terrain. On the contrary, writes Elden, territory “comprises techniques for measuring land and controlling terrain”. It is that expanded concept of territory which should serve us as a starting point from which to develop a richer and more fertile notion of a site or place. □

A couple of years ago the symposium *When site lost the plot* took place, a series of conferences now brought together in a book whose purpose is to make you think of the idea of site in its relation to plot (as in 'terrain' but also as in 'plan' or 'storyline'; all meanings of which are explored over the cycle, and all of which play around with the title of the symposium). The contributions bring along points of view from diverse disciplines such as cartography, mathematics, design, ecology or art, united by the following principle thesis: if over a time the concept of place had an undeniable regenerative power in the fields of philosophy, art or architecture, these days it seems to have been completely integrated into the logic of the system, instead of a symbol that works in a merely instrumental manner in the service of interests of the most conventional sort. So, for example, Seventies' discourse on works of art insisted in the circumstances of creation and exhibition, to thus mitigate the illusion of autonomy and with it avoid its full inclusion in the market as merchandise. Nonetheless, in a present in which the place is highly virtual and it is constituted as a non-space of nomadic networks and the diffuse powers rather than as space understood in a traditional sense, institutions have supported themselves precisely on that idea of place in order to recruit artists and architects to their strategies of consolidating a global and homogenizing regime.

This place, falsely conceived as the "aproblematic real", hides an anthropocentrism that perverts the bond between the local and the global, between the place (specifically) and the territory (its material conditions), between man and the world, always in favour of the first element of that relation. It's for that reason that a space amplified to a plot, to the narrated territory, would be an alternative way that's far more beneficial in facing these issues, just as distinct practices arise, situated in that existing area between traditional space and its annulation, in the multiple paradox of divergent spaces and non-spaces, that are superimposed to make infinite human stories, earthly and cosmic, based on information and its relationships of power.

Being a problem that is primarily philosophical, one of the interventions that possibly carries the most weight of volume is that by Reza Negarestani. This elusive and sometimes enigmatic Iranian philosopher, mathematician and engineer is known for writing *Cyclonopedia* (2008), a reinterpretation of Deleuze and Guattari that lies somewhere between essay and fiction is based on the idea that the Middle East is a living entity. In his contribution, Negarestani wonders: "Where is the concept?" rooted in this reconsideration

of the place as space of the universal, and the answer brings us to consider if, on a planet whose surface has now been entirely occupied by man even in its most remote corners, the power and value of concepts have exhausted themselves. It's a constant in Negarestani's work, he who, against a large part of contemporary philosophy rooted in phenomenology that has let itself be seduced by a notion of space as house of the being, underlines the tension between man and territory to which he is indifferent. The image of this conflict relation would be that of the empty or abysmal Earth, a translation in Spanish of the conceptual triangle that our planet as ground articulates with the words ground ('floor', 'foundation') and unground (literally 'floorless', or 'abyss'). According to that logic, all surface becomes nothing more—and nothing less—that the activity that occurs upon it.

Traditionally, the philosophical concept of place has presupposed nature as something that is ontologically different to human beings, what we could call the kingdom of the solid earth. The idea was expressed very well by Husserl when he said that "the Earth doesn't move", a paradoxical phrase with which he expressed that, in the first instance, the Earth is the floor; the originating Arch, the foundation of all possible experiences. In that sense, Negarestani offers an unexpected radicalization of deleuzeguattarism, because even Deleuze would've been guilty of anthropocentrism when he reduced nature to a collection of objects, and the planet to a collection of places, instead of thinking of the universe as a material machine. Negarestani destroys that anthropocentric paradigm through his investigation into the poromechanics of the Earth: the work of decomposition, corruption, decay, whose cosmogenesis is unfurled within the solid, from the inside to the outside, to the surface. The only heterodox precedent of this conception would be Schelling's *Naturphilosophie*, that which considers the Earth as a transcendental abyss of nature—which allows the activity of thought—and as a biological tomb of a human being subject to the natural law of decay, both at the same time. For Schelling, that darkness of nature is productive; for Negarestani, too: "Decay builds without creation".

The concept of *decay* is central to Negarestani's thought, just like *holey space* (literally full of holes and almost sacred), a notion with which the Iranian philosopher tries to escape from the Manichean pseudo-dialectics between smooth spaces and the striated spaces of Deleuze. The triadic logic of *holey space* is another of the expressions of that empty Earth that makes decay possible. In Negarestani's logic, objects become things

that are inherently strange and sinister, or, in his own words, become "the thing without genesis" or the sacred. *Cyclonopedia* could also be read like a horror story written by Lovecraft, a key intellectual reference, given that the emergence of the Exterior from the Interior—a symbol itself of the structural emptiness of space, which is in fact a possibility of architecture itself—is an image with terrifying suggestions.

Horror is also expressed in the fact that, for Negarestani, one of the paradigms of the relationship between humans and holey space are the new ways of urban war in the Middle East. *Cyclonopedia* is offered up as a materialistic interpretation of the city as a collection of obstacles and lines of rupture on which the body can slide and interact in a series of trajectories that generate a "complicity" with those folds. Architecture thus takes the model of *parkour*, which thinks of the surface as a potential floor for the body: "Thus, hostile urbanists or militias always conduct the battle towards the inside, or the domain of obstacles, the urban canyon. When it comes to urbanized war, every combatant must think like an obstacle".

The diverse ecological crises oblige us to see up to what point everything is inter-dependent; a truth that could provoke anxiety when thinking of the world, that which we consider our world, disappears before our very eyes, when checking that the ground is disappearing beneath our very feet. Perhaps this geophilosophy of clearly Deleuzian inspiration that underlines the material conditions of broad spectrum of the concept of space—topological, narrative, even conspiratorial conditions—are able to offer an easier navigation between the local and the global; perhaps the metaphor of the empty Earth could be a tool in the new way of relating architecture to the medium, with its ruptures, its ruins, its traumas. In any case, what this thinker proposes to us is to go beyond the Copernican, Darwinian or Einsteinian, towards that which Negarestani calls the Globe of Revolution, i.e. towards a revolution for and in accordance with the open. This revolution could carry the *Turing label*, in the way in which with his extension of thought to machines, Turing had reformulated the way of rupture between the old Kant-esque question of what it means to be a human, now a reflection of the world in which man is no longer occupying the central spot: "Narcissus can no longer see or imagine his own reflection in the mirror". ☒